



Creación literaria

Fantasia para dos pianos*

Fernando Cano Busquets

Egresado

Taller de Escritores Universidad Central
(TEUC)

Parecían pianistas. Incluso así lo anunciaba la carátula del programa: «*Hoy: Música Para Dos Pianos, gran concierto del dúo Silver-Garburg de Israel. Domingo 21 de abril a las 11 de la mañana. Sala de conciertos de la Biblioteca Luis Ángel Arango.*»

Sin embargo, Silver y Garburg no interpretaron el piano. Aparecieron sí, a las 11 de la mañana por una pequeña puerta de madera localizada detrás del escenario, el cual dominaban dos hermosos y elegantes instrumentos de cola de la Casa Stenway and Sons de Hamburgo.

Nadie supo nunca cuál de los dos jóvenes era Silver y cuál Garburg, pero él era alto, llevaba puesto un impecable smoking con su respectiva pajarilla anidada en el centro del cuello, y ella, muy garbosa, lucía un vestido rojo de seda que partía desde sus hombros desnudos hasta llegar en pliegues a los tobillos.

Los supuestos pianistas caminaron separados uno detrás del otro desde la puerta de madera hasta el centro del escenario: Silver o Garburg primero, y Silver o Garburg, después. Se detuvieron en silencio. Él volteó su cabeza hacia ella sin importarle el aplauso del público que colmaba la sala. Extendió con lentitud su mano

-2-

izquierda hacia la mano derecha de ella, y ella, mirándolo abstraída, se demoró una eternidad en corresponder el gesto de su compañero. Pero lo hizo.

*Cuento finalista en el concurso internacional Hucha de Oro, España 2006.

Con el mismo ritmo despacioso con que se tomaron de la mano, se inclinaron calmos frente a frente para hacerse una sincronizada venia. El público murmuró asombrado por la grosería de los jóvenes, pues las reglas de la etiqueta indican que los verdaderos pianistas deben hacer tal saludo dirigiéndose al auditorio. Pero ellos no eran pianistas.

Lo que vino a continuación en el escenario, confirmó todas las sospechas. Él no se fue caminando tranquilo hacia el piano de la derecha sin dejar de mirar a su compañera, y ella tampoco llegó hasta el piano de la izquierda sin dejar de hacer lo propio con él. Estaban como atribulados y más que pianistas, parecían dos jóvenes dejando ir para siempre a su primer amor.

En efecto, la despedida entre Silver y Garburg o Garburg y Silver, no fue la despedida entre un hombre y una mujer que se iban a separar apenas por los quince minutos y los 27 segundos que duraba la primera pieza del repertorio, y por esos 3 metros y 40 centímetros que había entre los teclados de los dos pianos, colocados frente a frente para que los interpretes reales se pudieran ver. No. Ella lo despidió como si pensara que el viaje que emprendía él hasta su piano no tendría regreso, y él la dejó ir a ella hasta su piano, sintiendo que desde ya le había comenzado a hacer

-3-

falta y que aún, a 3 metros y 40 centímetros de distancia, no podía vivir sin ella.

La escena conmovió al público de tal manera que lo dejó absorto y sumido en la intriga durante varios minutos; en medio del silencio desgarrador, nadie se atrevió a carraspear para devolvernos al mundo, nadie miró el reloj para preguntarse furioso por la demora, y nadie emitió uno de esos aplausos que se dan por rabia, cuando las cosas prometidas no comienzan a la hora indicada.

Entre tanto, él, sentado, ya había acomodado la butaca a la altura calculada para poder deslizar sus manos con facilidad por el teclado; pero se le notaba que no quería hacer nada distinto a pensar en ella, a perderse en ella. Y ella, también sentada pero ausente, meditaba algo con la cabeza gacha y los ojos cerrados, algo que supusimos bien, no tenía nada que ver con ponerse a interpretar un instrumento.

La sensación que dejaba aquella escena interminable no era otra distinta a la de que Silver y Garburg no venían de detrás de la puerta, no habían llegado desde Israel, sino que acaban de volver de otro viaje más íntimo, y después de recorrer las distancias inconmensurables del corazón.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Silver y Garburg levantaron sus cabezas desde los parajes remotos en que se encontraba cada uno, y descubrieron que no

-4-

obstante el enorme vacío que existía entre ellos, todavía se podían mirar frente a frente. Ella, que a lo mejor estaba en un atardecer en las colinas de Jerusalén lo encontró intacto a pesar de saberlo en los mares de Indonesia;

y él, que miraba los arreboles de un nuevo día en una playa perdida de Katmandú, no quedó deslumbrado por los rayos del sol naciente, sino por el brillo de los ojos de esa compañera suya que hacía en Estambul, pero que desde allá lo miraba.

En el auditorio comenzó a escucharse una música de dos pianos. Las variaciones de Brahms a un tema de Haydn en Si mayor. Pero ellos no eran los que la tocaban. Él, transitaba con su exultante agitar de manos a lo largo del teclado, rozándolo, mimándolo en sobrevuelos; a veces, su mano izquierda se elevaba, más para saludarla y para acariciarla a ella con cadencia que para seguir el ritmo de la suave melodía; y ella, que se quería abalanzar sobre él por encima de los pianos, expresaba la emoción del reencuentro moviendo sus hombros desnudos y sus manos finas al vaivén del oleaje de las notas musicales.

Ninguno de los dos tocaba el piano. Se enviaban mensajes de amor con el sonido producido por las teclas; escribían su pasión con ellas; se añoraban desde ellas, y algunas veces Silver o Garburg reprochaba con tesón y con severidad a Silver o Garburg, pero él o ella respondía con igual ímpetu, para perdonarse segundos después, cuando la música de los dos pianos en el aire, también perdonaba.

-5-

El público se fue entusiasmando. Las variaciones de Brahms gustaban a medida que avanzaba la obra. Los entendidos marcaban con sus dedos en las rodillas la rigurosidad de los compases; los buenos escuchas tarareaban las notas y movían la cabeza, ufanándose de reconocer qué seguía en la melodía; el común hacía ruidos de aprobación por el resultado armonioso de los sonidos, y los niños, porque había muchos niños, se mostraban curiosos pero no preguntaban, obedeciendo las severas instrucciones de sus padres que los habían confinado al silencio.

El agrado de los expertos, la satisfacción del público, la algarabía callada de los niños, no provenía exactamente de los ecos de la música. La felicidad la ocasionaba el simple hecho de sentir a Silver y a Garburg juntos otra vez, a pesar de la ancha geografía de marfiles y de maderas que se interponía entre ellos.

Cuando se extinguió el último eco de la última nota del opus 56a de Brahms, nadie aplaudió porque nadie se acordaba ya que había ido a escuchar un concierto de piano y porque en el escenario no había pianistas. Estábamos frente a un hombre y a una mujer que si acaso eran actores: Silver o Galburg la actriz, y Silver o Garburg, el otro. Y ahí seguían en su función. En el silencio sin música y sin aplausos, se levantaron de las butacas, se dejaron de mirar para hacerse otra venia rápida, otra grosería para el público, y volvieron a sentarse con afán porque parecían no querer

-6-

perder el tiempo ahora que habían descubierto que se le les estaba yendo.

Se oyó música de Saint-Saëns: las variaciones para dos pianos sobre un tema de Beethoven, según aseguraba el programa oficial del concierto.

«¿Otras variaciones? -comentó en susurros un vecino de silla con barba de intelectual-, habrían podido ser más originales en la elaboración del repertorio...»

Nadie le contestó. A esas alturas a nadie le importaba que Brahms hubiera reinventado a Haydn o que Beethoven hubiera sido perfeccionado por Saint-Saëns. Mucho menos que éste último hubiera sometido el tema de Beethoven que se escuchaba en el fondo y como afirmaba la sinopsis de la obra, «a una gran variedad de tratamientos.»

Las únicas variaciones que le importaban al público eran las de ese amor entre Silver y Garburg. Y que eran muchas. Desde su piano, él le revivía a ella, por ejemplo, los días del enamoramiento, de la complicidad y de los besos inexpertos. Y ella, por ejemplo, le respondía sin rubor sobre esos otros besos y esas nuevas caricias y ese mundo desconocido que siguió después y que quisieron conocer tanto. Por el teclado de los pianos, pasearon y repasaron sus encuentros, sus desencuentros, sus sueños y sus pesadillas, sus disputas y sus ternuras, y la música de Saint-Saëns les

-7-

alcanzó también para reírse de sus llantos y para llorar por las risas que no habían vuelto.

Las manos de ambos y los dedos de ambos, incluso, se transformaron en marionetas de ballet que movían con picardía dos maestros titiriteros haciéndolas perseguirse sin descanso sobre los escenarios en blanco y negro de los dos pianos. Fue cuando los niños se emanciparon en una risotada sonora contra las órdenes de sus padres. Era tal el agite de dedos y de manos de Silver y Garburg que a lo mejor los niños no los vieron a ellos sino a Tom y Jerry, retándose con los sonidos del piano y desafiándose como gato y ratón para ver cuál de ellos resultaba ser el más astuto en su historia de persecuciones.

Sin embargo, el autor de la sinopsis del programa parecía tener razón al afirmar que el compositor francés había logrado con su trabajo «establecer cambios abruptos en el estado anímico», porque de aquel alboroto de la pareja, pasaron de inmediato al deambular taciturno de las marchas fúnebres. Silver y Garburg, que no eran pianistas, tampoco parecían jóvenes en ese momento. Agotados tal vez por los desvaríos de las variaciones de su amor, comenzaron a apagarse como la música, a distanciarse como las notas, a hacerse viejos como el silencio, a callarse como los muertos.

-8-

Las luces de la sala, entonces, se encendieron. El luminotécnico encargado, ajeno a los estertores de esa extraña representación que se llevaba a cabo en el escenario, quiso cumplir rigurosamente con su trabajo: si el programa establecido le indicaba que después de Brahms y de Saint-Saëns

seguía el intermedio, él tenía la obligación de recordárselo al público iluminando el ambiente y las salidas.

Pero Silver y Garburg no se movieron. Los expertos no se movieron. Los melómanos no se movieron. Ni la platea, ni la gente de general, ni los niños, ni los acomodadores. Ni siquiera salieron huyendo al verse sorprendidos por la luz, los curiosos que se fueron colando al teatro en la parte de atrás, movidos por el rumor de que algo inusual estaba ocurriendo en la sala de conciertos.

Y era verdad. Los supuestos pianistas, que parecían haber muerto, tampoco estaban muertos. Sin hacer caso a las luces, sin distraerse por el murmullo del auditorio, él se paró de su butaca recuperándose de la agonía y se dirigió resuelto hacia el territorio de ella. Y ella se levantó de su soledad al verlo venir a él con la suya.

Cuando ya no hubo más distancias que las de sus propios pensamientos, él la tomó de la mano y la invitó a que lo acompañara hasta su piano. Los dos se sentaron

-9-

muy juntos. Él a la izquierda y ella a la derecha. Ella junto a los sonidos suaves y femeninos del piano y él al lado de la intrascendencia masculina junto a las teclas graves y sordas.

Bastó que en la sala se escuchara el hermoso quejido de las seis primeras notas de la Fantasía en fa menor de Schubert, para que el auditorio terminara de convencerse de que no estaba en un concierto y de que en esa pareja no había pianistas. Lo que se inició con aquellas seis notas musicales fue la interpretación más sensual y más emotiva que Silver le pudo ofrecer a Garburg y que Garburg le entregó a Silver sobre su mutua pasión y sobre su amor herido.

Al piano no lo comenzaron a tocar a cuatro manos como indicaba Schubert en la partitura que se debía hacer. Lo tocaban con el corazón y con el deseo del otro. Allí en donde había estado el uno buscando caricias con los sonidos que inventaba, allá llegaba la otra inquiriéndole por besos con los mismos sonidos. Allá donde iba ella con las manos y con el cuello y con los hombros desnudos y con las orejas dispuestas, allá llegaba él con su sed y con su hambre de ella.

No tocaban a cuatro manos al piano y ellos no se tocaban con las manos, pero ahí estaba él recorriendo las redondeces de los senos de ella y ahí estaba ella, perdida en la selva del pecho de él. Él habría podido abrazarla y fundir su cuerpo en el cuerpo

-10-

de ella, y ella hubiera podido dejar que él pudiera, pero era ese roce, esos milímetros de distancia que los separaban, lo que más los mantenía cerca, lo que más los encendía, lo que más los hacía descarriarse en su locura renovada.

No se exploraban con las manos, ni escalaban el piano con ellas, pero se consentían con la música, se arrebatában con la música, se desvestían y se dejaban ver las desnudeces de sus cuerpos y de sus almas con la música.

Los primeros en reaccionar y en espantarse por lo que veían, fueron los padres y las madres de los niños. Desobedeciendo sus propias órdenes de permanecer en silencio y vencidos por el pudor, les taparon los ojos a sus hijos e insultaron a Silver y a Garburg por obscenos, por corruptores y por depravados. Los expertos, que querían supuestamente seguir escuchando la música, increparon por su grosería a los padres. Sin quererlo, los melómanos se unieron al desorden para que los padres y los expertos dejaran continuar el espectáculo. La gente de platea y el público de general ya se habían levantado también de sus asientos para participar del motín indeseado.

Silver y Garburg detuvieron con dificultad su fantasía para mirar extrañados hacia el auditorio que otra vez estaba a oscuras. No veían nada, pero escuchaban algo parecido al alboroto de gente, a rumores de comentarios, a toses inoportunas de esas que el público les regalaba habitualmente en sus conciertos de piano. Incluso

- 11 -

recordaron las palabras escritas en el programa oficial de la gira por Suramérica: *«domingo 21 de abril a las 11 de la mañana. Concierto en la Sala Luis Ángel Arango de Bogotá.»*

Sin embargo, Silver y Garburg, los supuestos pianistas, no encontraron a nadie. Encogieron sus hombros despreocupados. Se miraron a los ojos. Se volvieron a quedar en los ojos. La sonrisa de complicidad y de deseo regresó a sus labios. Y entonces, en el silencio de su auditorio vacío, volvieron a desnudarse con la Fantasía en Fa Menor de Schubert, que ya comenzaba a volar de nuevo por el aire **BU**